

## XIX.

De cómo volvió á encontrar Don Leonel á su prima Doña Esperanza.

Don Nuño y Don Leonel salieron libres de Palacio, como se los había ofrecido el virey, y cesando las persecuciones, cada uno de ellos volvió á pensar en sus negocios particulares; uno había, sobre todos, que preocupaba á los dos sobremañera: la suerte de Esperanza.

Don Nuño miraba en ella á su hija.

Don Leonel encontraba en ella á una hermana cuando había creído tener una esposa.

Uno y otro deseaban hablarse de lo mismo, y uno y otro temían promover la conversacion.

A su salida de Palacio fueron informados de que la «casa colorada» había sido completamente devorada por las llamas y que nada se sabía de sus habitantes.

El Padre Salazar aun no volvía á la casa paterna; pero como Don Nuño y Don Leonel ignoraban que estaba oculto en casa de Doña Juana la noche del incendio, no se inquietaban por su suerte y esperaban verle llegar de un momento á otro.

Don Leonel en la misma tarde en que salió de su prision quiso ver las ruinas de la «casa colorada;» pero no pudo resistir aquel espectáculo, y con el corazon comprimido volvió á su casa.

Aquella noche Don Nuño no pudo contenerse, y despues que acabó la cena, cuando los criados que servian la mesa se retiraron, el viejo se atrevió á hablar del negocio.

—Leonel—dijo—¿sabes algo de..... tu prima Doña Esperanza?.....

—Padre mio—contestó Don Leonel—nada sé; he pasado por el lugar que ocupaba su casa, y nada..... ruinas, desolacion.

—Quizá..... moriria—dijo el anciano, como pronunciando por fuerza esta palabra.

—¡Dios no lo haya permitido!.....

—¿Qué haremos para saber la verdad?

—Es muy difícil; el único auxilio que espero es el de Dios.

—¿Es decir que has perdido toda esperanza? ¿No intentas buscarla?

—Padre mio, ¿seria yo por ventura mas feliz si la encontrara? ¿No murió para mí toda esperanza desde que me revelásteis que era mi hermana?

—Es cierto; pero por ella, por mí, debes buscarla tú tambien: quizá viva en la miseria, quizá no tenga adonde volver sus ojos, quizá la mano de la desgracia la arrastre al crimen, á la prostitucion.....

—¡Oh, Dios mio!.....

—Leonel, sé bastante fuerte para dominar tus pasiones y sobreponerte á las desgracias; busca á Esperanza, y será feliz á nuestro lado.

—¿A nuestro lado, padre mio? Es un imposible, yo no

puedo vivir así al lado de esa mujer; yo podré buscarla, conducirla á vuestros brazos, pero permanecer con vosotros... ¡oh, no! Soy soldado, y puedo aún ir en busca de la fortuna y de la gloria para estar libre de ese martirio, y honrar vuestras canas y vuestro nombre con mis hechos.

—Dios dispondrá—exclamó por fin Don Nuño levantándose y retirándose.

Don Leonel y el Padre Alfonso quedaron solos.

—Supongo, hermano —dijo el Padre—que á tí mas que á nadie le interesa el encontrar á Doña Esperanza.

—Hermano, tengo tanto interés como mi padre, ó quizá menos.

—Cómo! ¿pues no debias casarte con ella, ó al menos esas no eran tus intenciones?

—Es verdad; pero ahora todo ha cambiado.

—¿Cambiado? ¿y por qué?

—Alfonso, ese es un gran secreto de familia que tú debes saber tambien como yo.

—Pero que ignoro.

—Lo sé; sé que lo ignoras, como yo por mi desgracia lo ignoraba tambien, hasta que una casualidad vino á abrir nuestros ojos.

—¿Cuál es, pues, ese secreto?

—Que Doña Esperanza es hija de nuestro padre, es hermana nuestra.

—Pero cómo! ¿hermana nuestra?

—Sí, mi padre me lo ha dicho; yo debía haberlo sabido, porque Doña Juana me dió el libro en que estaba escrita la historia de su familia; pero yo no llegué á leer ese libro, porque las circunstancias se encadenaron de un modo tal, que habiéndolo tenido en mi poder, no me fué posible leerle....

—¿Y qué fué de ese libro?

—Por librarlo de las garras de la justicia, encargué á Martin que le entregase á Doña Juana.

—En efecto, que el mismo Martin cuando estuvo á verme en la casa Colorada, me dijo que tenia que llevar algo á Doña Juana; pero no recuerdo bien si me agregó que de vuestra parte, y si por fin entregó ó no lo que llevaba.

—En todo caso, está perdido; si le llevó, el incendio le ha devorado; si no, ¿quién puede saber, muerto ese hombre, adónde dejó ese libro?

—Siempre hay mas posibilidad de encontrarle si él no lo entregó; ¿quién sabe lo que suceda? pero por mi parte, hermano mio, si te he de hablar la verdad, no creo que Doña Esperanza sea nuestra hermana.

—¿En qué te fundas para tener esa creencia?

—Mira, Leonel; ¿Doña Juana sabia tus amores con su hija?

—Sí.

—¿Y no se opuso á ellos?

—Al principio sí, pero despues, cuando supo que yo te ayudaba en la conspiracion, entonces consintió en ellos.

—Leonel, Doña Juana debia saber quién era el padre de su hija, y sabia quién era el nuestro; si hubiera creido por un solo instante que tú y Esperanza eran hermanos, ni por un instante hubiera consentido esos amores: conocí demasiado á Doña Juana para poder dudar un momento de su virtud.

—Pero por otro lado mi padre.....

—Mi padre puede mas fácilmente haberse engañado, y esto es lo que debe haber sucedido, y pronto creo que se descubrirá.

—¿Pero cómo, hermano mio, cómo? Seria yo el hombre mas feliz.

—Ten fé en Dios.

—Alfonso, me das la vida, porque me vuelves la esperanza.

Y los dos hermanos se separaron.

Al día siguiente el Padre Salazar vió llegar á su hermano pálido y agitado.

—¿Qué hay? ¿qué te ha sucedido?—preguntó el Padre.

—Acabo de ver á Doña Esperanza—contestó Don Leonel.

—Pero eso no es motivo para esa agitacion.

—Si vieras cómo la he amado, no lo extrañarías; pero además, aquí hay otro gran misterio: Doña Esperanza iba en una carroza al lado de otra mujer y con un caballero elegantemente vestido, al que yo nunca he visto en esta ciudad.

—Quizá sea alguno de los ricos de provincias internas.

—Ese caballero, ese hombre tan ricamente puesto, me ha parecido, y vas á reírte.....

—¿Quién?

—Martin Garatuza.

—En efecto, cosa es de risa, y no puede eso ser sino efecto de tu preocupacion, porque tú, mejor que nadie, sabe que Martin Garatuza ha muerto.

—En efecto, he oido leer la carta que envió al virey, he oido las disposiciones que dictó S. E. para el entierro, y he visto llorando en Palacio á la viuda.....

—¿Y esa misma viuda era la dama que acompañaba á Doña Esperanza y al hombre que te pareció Martin?

—No, no era ella, y tuve ocasion de observarlo, porque la carroza se detuvo en la calle de Ixtapalapa, en la casa de Don Pedro de Mejía el finado, y ví bajarse de ella á Doña Esperanza y á la mujer que la acompañaba, apoyándose en el brazo del hombre que tomé por Martin.

—Entonces está claro que no es él.

—No está muy claro, quién sabe.....

—¿Sospechas?.....

—Martin es capaz de todo, tú no lo conoces tan bien como yo, y no seria difícil que algun nuevo engaño.....

—No es posible; el virey tomaria sus providencias, y no es fácil que haya sido engañado como un niño.....

—En efecto, el virey envió á uno de sus criados de confianza con la viuda.

—¿Ya lo ves?.....

—Y á pesar de todo, ahora soy yo el que tengo la fe, y creo que Garatuza no ha muerto y que por su medio podemos averiguar mucho; el libro de la familia de Esperanza debe estar en su poder.

—¿Pero y Doña Juana?

—Quizá sea cierto que murió, porque Doña Esperanza vestia luto.

—Es preciso buscar á ese hombre; tú tambien me has hecho concebir una sospecha.

—Yo le encontraré.